

TENGO que pedirte perdón, amigo lector; pero, créeme, no puedo remediarlo; es una obsesión, una triste obsesión que me embarga y oprime; es una verdadera pesadilla. Ya sé que muchos me lo tomarán á petulancia y pedantería y volverá á sonar, con retintín de fingido desdén, más de efectivo oncono, el mote: ¡intelectual! Te digo que no lo puedo remediar. El espectáculo de la tontería suelta y de la tontería maligna y maliciosa, el espectáculo del estallido de necedad y ramplonería en nuestra patria, esto de ver todo el repuesto de mentecatez nacional

haciendo ostentación de la desnudez de sus vergüenzas, es para descorazonar á un amante de la patria y de su historia.

¿Conoces, lector, aquel pasaje terrible de *Bouvard et Pécuchet* que nos pone al desnudo una de las más graves dolencias de Flaubert, el que pasa por impersonal é impassible, y que vivió la vida de esas sus dos pobres criaturas? Es cuando dice: «Entonces se desarrolló en sus espíritus una facultad lamentable; la de ver la estupidez—*la bêtise*—y no poder ya tolerarla. Les entristecían cosas insignificantes: los reclamos de los periódicos, el perfil de un burgués, una reflexión tonta oída al azar. Pensando en lo que se decía en su aldea y qué había, hasta en los antipodas, otros Coulon, otros Marescot, otros Fourean, como si sintieran pesar sobre ellos toda la pesadez—*la lourdeur*—de la tierra. No salían ya, no recibían á nadie.» Prosigue Flaubert el terrible pasaje, y de este sentimiento de la estupidez humana pasan los pobres Bouvard y Pécuchet á pensar en la muerte. No cabe paso más lógico. «Trataban de imaginarla—nos dice el atormentado Flaubert—bajo la forma de una noche intensa, de un agujero sin fondo, de un desvanecimiento continuo; cualquier cosa valía más que esta existencia monótona, absurda y sin esperanza.» Y llegaron á examinar la cuestión del suicidio. ¡Y llegaron á la fe!

Cotejad con este terrible pasaje de la terrible obra póstuma del atormentado Flaubert, aquel otro de su *Tentation de Saint Antoine*, cuando la vieja le dice al santo: «¡Debes estar fatigado por la monotonía de las mismas acciones, la duración de los días, la fealdad del mundo, la estupidez del sol!» ¡*La bêtise du soleil!* ¡Pero no, el sol alumbraba!

Se explica uno, sin embargo, la pavorosa enfermedad del pobre Flaubert. Le dolía en la inteligencia. A todo hombre inteligente, de esos que los imbéciles, los troglodistas y sus cazurros explotadores y empresarios motejan de intelectuales; á todo hombre inteligente le duele en la inteligencia. Es en la cabeza, no en el corazón donde duele.

El dolor, el espectáculo del dolor, el sentimiento del dolor, no me sume en tan negra desesperación, en tan triste descorazonamiento, en eso que llamamos pesimismo, como el sentir que ha estallado hacia fuera toda la humana tontería ambiente, toda la majadería nacional.

La heroica labor de la civilización, la educación secular de la historia consistía en ir echando esa tontería á los escondrijos del alma colectiva, en acorralarla y arrinconarla allí. Tontos los habrá siempre, como habrá siempre pobres, según el Evangelio; es menester que haya tontos, como es menester que haya herejes y herejías: *oportet esse hæreses*. Pero la tontería estaba en su lugar, como suele estar en el suyo la sombra durante un claro día de sol. Pero ahora ha brotado al exterior como un sarpullido y amenaza contagiarnos á todos.

Yo sé que España ha pasado por tiempos de mayor pobreza, de mayor abatimiento, de mayor barbarie, de mayores vergüenzas, de humillaciones más grandes, pero dudo que haya pasado por tiempo pe más insolente tontería. Esta trágica y agorera guerra europea

ha tenido la virtud de servir de revulsivo al asiento, al pozo de majadería que estaba envenenando las entrañas, los intestinos, si queréis, de la patria. Jamás se ha dicho ni se ha escrito más necesidades, con tanto aplomo y suficiencia.

Si, ya sé cuál es el arma prohibida. Ya sé que Cristo dijo que quien llamare tonto á su hermano es reo del infierno del fuego. (Mateo v. 22). Pero... ¿No es esto ya un infierno?

Como Bouvard y Pécuchet hay días en que uno piensa en no volver á salir de casa, en no recibir á nadie, en no leer periódico

alguno. ¿Es que se sabe por dónde puede venir el contagio? ¿Es que al topar con alguien á quien se le creía, por lo menos, discreto, está uno seguro de que, excitado por el ámbito, no le suelta alguna de esas portentosas y desmedidas majaderías que corren ahora de boca en boca? Y aun peor que majaderías, vaciedades. Vaciedades, sí, cosas que no dicen nada, flato de palabras, hediondos lugares comunes del más hediondo sentido común. De ese grosero sentido común, de cuyo bandullo brotan, como regüeldos—que, con perdón de Don Quijote, así se llaman en buen romance—todas esas apestosas majaderías.

¿Qué no sirve de nada insultar?... Sí que sirve; sí que sirve. Por lo menos se desahoga uno.

Apenas conozco majadero que no se jacte de tener mucho sentido común. Naturalmente; ¡no va á tenerlo propio! El sentido suyo es el de todos, el que corre—digo, no corre—el que está estancado en el arroyo de la calle; el que juzga con los medios comunes de conocer; el que á criterio de simple vista pone en ridículo al desgraciado á quien se le ocurre mirar algo con microscopio ó con telescopio; el que cree entender de todo, sin haber estudiado nada; el de ciencia infusa y fe de carbonero.

Créeme, lector amigo, no recuerdo haber oído sandeces como las que estoy oyendo desde hace algún tiempo, desde que parecen haberse desparramado por toda España los espectros de aquellos hombres—¿hombres?—prehistóricos que trazaron los dibujos de la curva de Altamira. ¡Pero al fin, aquellos sabían dibujar! Sus descendientes hablan y escriben sin saber ni hablar ni escribir.

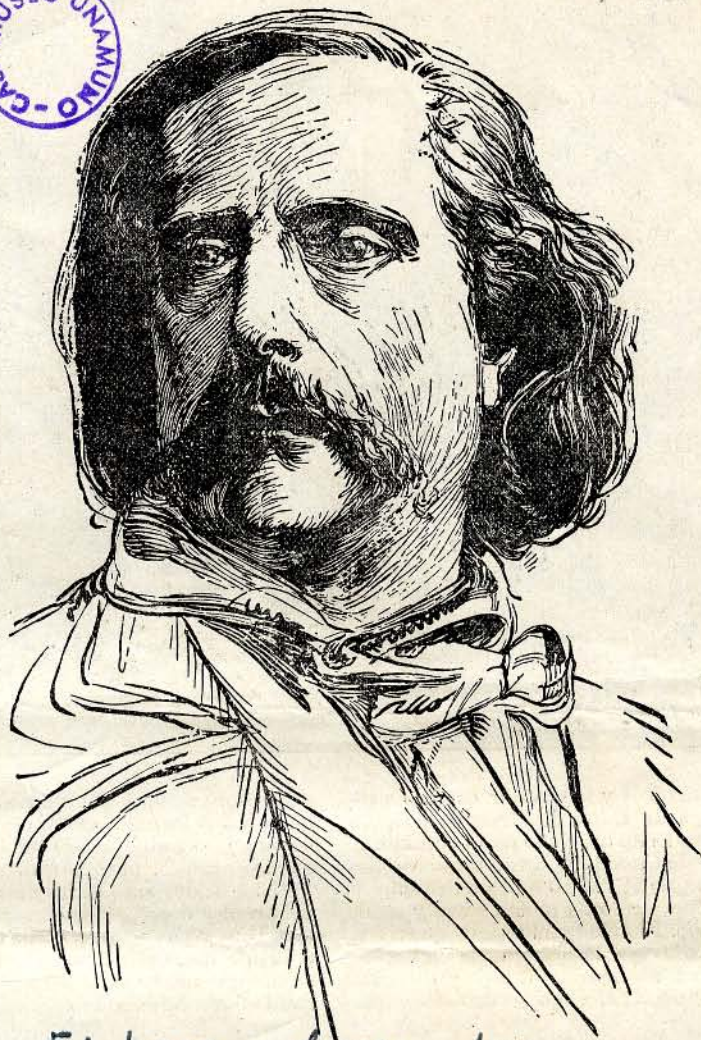
Lo que es insondable es la credulidad de la tontería. Claro está que para lo que sea tonto. Recuerdo un hombre singular, extrañamente fanatizado, que había llegado á una especie de suicidio mental—pues tenía una buena nativa inteligencia—y que creía los más estupendos notificaciones que le daba el único diario que leía, un diario de un tiempo venidero que jamás llegaba. Cuando lo de la separación de la Iglesia y el Estado en Francia, cada día se nos venía el hombre anunciando un levantamiento en la Vendée ó cosa así, y estaba á prueba de desmentimientos. ¿Y cuándo se trataba de cosas de judíos ó de masones? Daba pena observar aquella inteligencia, nativamente clara y penetrante, entontecida, estupidizada.

Y cuando uno oye frases tan formidables como ésta: «no, ni lo sé ni quiero saberlo» ¿Ni quiero saberlo? ¿No querer saber! ¿No querer informar! ¿No querer enterarse.

Me han contado de alguien que devolvió unos folletos, que le enviaban, con esta nota en la faja que los envolvía: «No leo mentiras.» ¿Y este pobre tonto—porque el que eso hace no es más que un tonto—se creará hombre completo?

¡Ay, pobre Flaubert, enfermo de hipercritica, si viviera hoy entre nosotros!

¿Y el remedio? me diréis. ¿Qué sé yo...! Ni si lo tiene. Hay días en que uno desespera y se le empapa en tinieblas el corazón. Te digo, lector, que es para volverse loco.



Es para volverte loco

(*"Nuevo Mundo"*, Madrid, 27 agosto 1915)

GUSTAVE FLAUBERT